

EGĀN



4

1949

Suplemento de Literatura del Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País

SUMARIO

Pablo Bilbao Aristegui. — Cuatro impares sonetos.

Rocío Moragas. — Poemas.

Claudio Sagarzazu. — Poematxoak.

M. Ciriquian-Gaiztarro. — El corderito blanco (cuento).

Su-ondoan:

I. *Epelde'tar Prantzisko.* — Otzez dar-daraz dago gaixoa.

II. *H. Gurmendi.* — Igeldo'ko Piztia.

Bibliografía.

Pablo Bilbao Arístegui es sobradamente conocido como crítico literario de fina percepción, ideas claras y sólidas, y juicio perspicaz. En cambio como creador apenas si ha publicado algunas cosas sueltas. Hoy EGAN se honra dando a conocer estos sonetos, expresión fiel de su sentido de la poesía.

Cuatro impares sonetos

Camposanto de Guecho

Sobre el mar, guarecido del oleaje,
docto en naufragios, alto cementerio
sin cipreses, erguido sahumero
con la luna y el sol en maridaje.

Nautas antiguos, muertos al coraje
de agotar con su quilla el hemisferio,
aguardan —centinelas del misterio—
otro rumbo a surcar, nuevo atalaje.

Noroestes de lluvia embravecidos,
terrales de otros campos, flor de calma,
los huesos equilibran en sus nidos.

Cerrada la escotilla a lo de fuera
aquí fondearé, segura el alma,
el cuerpo derramando en sementera.

Viento del Sur

Viento del sur que quiebras los cristales,
el cuerpo secas y del alma en vilo
riegas los sueños. Aire en el que afilo
mi sed de lejanías tropicales.

Tarde remota, luz en espirales,
sirena de un vapor y olor a tilo
de antigua estampa subes hasta el hilo
del recuerdo que ansía tus panales.

Llega la noche. En impar conquista,
enhebrando nostalgias con tu arista,
merodeas floridos capiteles,

y el sueño en colmo a tu compás rendido
se alza a otros puertos, libre, embebecido
en alas de románticos bajeles.

Pluma de Gaviota

Playa de Sopelana

Pincel de luz, velero con la brisa,
envidia del delfín y caracolas,
en sincopa de amor sobre las olas
cayendo vas desde la azul cornisa.

Jugo de mar, cantil y arena lisa
afervoran la sangre en amapolas.
Zumbido al sol, quietud... Leves corolas
juegan a espolvorearse la sonrisa.

Tendido el cuerpo, fija la mirada,
algas en derredor, marea, espuma
a tu descenso prenden mi albedrío.

¡Mensajera boreal enajenada,
ven a mí, vertical, caricia suma,
filo de querubín y escalofrío!

En el "3.º nocturno" de Faure

Lengua de luna, errante por la tierra
y al soplo del austral estremecida,
¿qué irreprímible afán, corcel sin brida,
nostalgia de otro sol en ti se encierra?

De lago a mar y de llanura a sierra
crece una luz en alba mantenida,
al soplo leve, con temblor de vida,
de tu perfil que el rumbo ideal no yerra.

Claro de bosque, tema desolado.
El brazo en alabastro levantado
solloza una señal, con voz caída,

hacia otros mundos, otra primavera...
(Sólo queda oloroso en la ladera
el rastro de magnolias de tu huída.)

Cordobesa de nacimiento, de educación y de estirpe, Rocío Moragas lleva a Andalucía en su sangre joven y en su alma cantora, y nos la revela en sus poemas que son testimonio de un temperamento excepcional.

Arraigada desde 1942 en San Sebastián, donde ha fundado su hogar, Rocío es un soplo del espíritu meridional poniendo el contrapunto de su andalucismo en la vida literaria del país vasco.

Regreso

Ven, sombra mía, y siéntate a mi lado,
compañera de días soleados,
mi misma yo bajo mis cielos grises,
medida de mi voz, del gesto y paso,
que tanto has dicho, acariciado e ido
a mi sueño, a mi amor y en mi camino.

Estamos de regreso, sombra mía!
Esta es la tierra que también meció
mi cuna y mis ensueños tan bonitos
por ignorar enojos. Me dió savia,
que llenó mi alma y mi cuerpo en un reguero
ácido y dulce, como el limonero.

Esta es mi luz, mi sol de Andalucía,
tan nuestro que, sin él, tú no eras mía.
Estás aquí y, de verte, ya conozco
que es cierto mi regreso. Este arroyuelo
es el mismo que amé y besé de niña,
transparente verdad, nieve fundida.
Y tu perfil desnudo, sombra mía,
está acostado en él, como otros días.
¡Ay, sol y arroyo, agua y nieve;
os buscaba, cegada en sed y fiebre!

Yo he descubierto el tedio de la turba
que hacia nada se va, sin ritmo ni hora,
sin gozar ni sufrir, sin luz, sin duda.
Yo he ido con ella, mintiendo que la marcha
una danza era y una risa el jadeo.
Y con ella comí del pan grosero
en la mesa vulgar de la posada,
donde pitanza y vino avinagrado
los restos son, lamidos, manoseados,
de un banquete anterior nunca acabado.

Ya te he vuelto a encontrar, sombra querida,
y aquí te tengo, igual a lo que yo era.
Vengo cansada. Siéntate a mi vera.
Que el sol alumbre mi perfil primero,
límite de mi risa y mi sollozo,
sin mentira de lloro, ni de gozo,
tal cual yo fui, y nada de lo que hizo
un afán vano de un mentido hechizo,
que otros arrastran por largos caminos.
Yo he regresado. Quédate conmigo.

Reloj de sol

Agüita; no me ganaba,
Fuente de la Piedra Escrita;
agua buena a la derecha,
agüita mala a la izquierda.
Dos leones me querían,
porque yo era toda buena;
yo era la niña Rocío
del Patio de las Palmeras.
Agüita; no me envidiaba,
Fuente de la Piedra Escrita:
si se miraba en mis ojos,
era, toda, buena agüita.
Los dos leones guardaban
mi palacio chiquitito:
Yo era la niña Rocío
del Patio de Patinillos.
Agüita; no se enturbiaba,
Fuente de la Piedra Escrita,
si bañaba dos limones,
un clavel y yerbaluisa.

Agüita; ¡qué fresca el agua
para el guapo y temprano
Sultán que me cortejaba!
En el Terrado Pequeño,
agüita decía: "Siga
tu rumor de cristalitos.
Así nadie podrá oír
el rumor de sus pasitos!"
El me cortejaba en sueños,
yo le soñaba despierta
y era el reloj de sus citas
un círculo de macetas.
Los claveles reventones;
los vivos geranios rojos
como labios, como heridas,
que bordeaban el pozo.
La sombra, entre las macetas,
daba al sol sus manos finas
y ambos jugaban al corro
de las horas más bonitas.
Sol en claveles: las ocho,
sombra en geranios: las diez,
sol en los dos: mediodía,
sombra en todo: atardecer.
En casa de los Moragas
mis macetas indicaban,
sin jamás equivocarse,
mis horas ¡las soleadas!
Y en días de cielo gris,
sin sol, el tiempo era pausa;
Santa Marina, la vieja,
sacudía sus campanas
y, en vez del tiempo que pasa,
me anunciaba el que llegaba.
Esta tarde va a venir
a mi reja un Sultán moro
que me corteja entre sueños
bajo nuestra parra de oro.
¡Qué añoranzas de mi fuente,
Fuente de la Piedra Escrita,
de mis leones, del Patio
de las Palmeras! ¡Ay, vida!

¡Patio de los Patinillos,
dulce Terrado Pequeño,
torre de Santa Marina
en mi barrio el más torero!
Agüita, ¿sigues brotando?
Macetas, ¿seguís marcando
horas de sol? ¿Para quién?
¿Quién se cifa en mi Terrado?
Yo era la niña Rocío
de Casa de los Moragas;
de la niña guardo el alma
y una pena renovada
de Piedra Escrita sin fuente,
de fuente sin aguas claras,
de patios sin las palmeras,
de macetas amustiadas,
de sombra sin sol, de días
grises, de horas de campanas
que marcan a martillazos
el tiempo de la añoranza.
¡Agüita, que no me olvides,
Fuente de la Piedra Escrita!
Si el sol te dice sus horas,
guárdamelas, que son mías.

Lejos

¿Lejos? Es nada, cuando nada existe
que sea más que todo, más que el alma,
que es un viajero sin paso ni camino,
sin tiempo ni distancia y sin etapas.

¿Lejos? Es nada, cuando el alma lleva
en su alma el todo de lo más ansiado:
su querer. Todo busca y todo halla
en ese inmenso mundo compendiado:
su punto de partida, su trayecto,
descanso soleado, alcor previsto,
llanura andada, cima conquistada,
horizontes sin fin y fin de etapa;
todo está en ella, y en ella no hay distancias,
Lo que ama, tiene. Y lo que tiene, guarda.

¿Lejos? Nada está lejos, aunque sea
el amado otra alma, porque cada una
está en la otra fundida, de tal suerte
que el todo de las dos es todo una:
tiempo, distancia, fin, duelo y fortuna.

Mi noche

Han cerrado las puertas a la noche,
una a una, las casas de la aldea;
la han dejado en la calle. Ella venía
cautamente del valle por veredas.
Talud, caminos, prados y trigales.
Como un roce de terciopelo negro
era su paso, entre los olivares,
tan callado y seguido que sus manos
sorprendían sin mal, ni sobresalto
y encantaban todo cuanto tocaban;
luciérnagas, murciélagos y sapos,
luces, sombras, cadencias y la danza,
la melodía del silencio y pausa
y la de las honduras y distancias.
Venía transparente, entre cendales
que robó al río. Sus dedos de plata
lucían azabaches de arrayanes
y sus pies los diamantes de la escarcha.
Venía ungida de perfumes raros
de musgo, de azahar y de hojas muertas
que son su lecho, su camino y su rastro.
Al pasar, en la alberca se encontró
un panderero de plata sobre el agua
que la luna olvidó, y entró en la aldea
buscando rejas para su rondalla.

El buho en el perfil del campanario
se roía de envidia y dió su alerta
por callejas, por patios y tejados,
contra la cortesana de caminos.
Contra la cómplice de dolor y pena,
de la infidelidad y del desvelo,
de los ladrones y de las rameras,
de los recuerdos tristes, de la ausencia,
del frío de los tedios, de las dudas,
de la desesperanza y la indigencia.

Han cerrado las puertas a la noche,
una tras otra. Y ella está en la calle,
llamando compungida a las ventanas,
y está yerta de frío, pena y hambre.
Yo le he dejado entrar en mis rejas,
y me ha traído a mí sola el goce
de su cosecha vespertina, llena
de paz, de amor, de ensueño y de reposo,
del buen recuerdo, de feliz promesa.
Me ha dejado prendido de mi espejo
su pandero de plata, mientras llega
el día y ella vuelve a su misterio.

Porque mi noche no es la noche mala
que buho increpa y el temor rehuye;
mi noche es un silencio entre rumores
y una sombra de ensueño entre dos luces.

Petenera del sapo, la grulla y la luna

El sapo estaba acechando
en vela
del camino caminito
la vera.
La grulla estaba observando
en la higuera
con hormiguillo de rabia
piojera
a que la luna pasara,
galana,
para ensuciarle la cara
nevada.
La luna estaba en la esquina
con miedo
de toparse con el sapo,
¡refeo!
La grulla estaba irritada
de envidia.
El sapo estaba rijoso
de tiña.
La luna se estaba quieta,
¡tramposa!
La noche le pasó un guiño,
¡chistosa!

Y la luna en dos brinquillos,
¡salero!,
hizo entre el sapo y la grulla
sendero.

Y, limpia como la plata,
garbosa,
se fué a buscar alboradas
de rosa,
tirando sobre los ríos,
rumbosa,
puñados de carcajadas
de sorna.

La grulla se tragó al sapo
del chasco.

El sapo empachó a la grulla
de asco.

Y la luna fué a acostarse
rendida,
rota de gozo y de risa,
tranquila.

Mientras en el caminito,
bonito,
sapo y grulla se pudrían
de asquito.



Arrantzale gaxoa...

(Amalaukoa)

Negu beltz, illuna da... ta arrantzale artean
Orain ezin bizia, gose aundi ta otza.
Errian danak ixil... surik ez sukaldean,
Ta ume gaxoengatik amak itun biotza.

Itsasoa txar dago, guztiz asarratua...
Ta arrantzale azkarra ogia irabastera,
Ontzi txiki batean, indarka, nekatua,
An dijoa itsasora, arraia arrapatzera.

Ortzean odei beltzak, non-nai aize aundia...
Itsasoa borrokan asi da mendiakin,
Eta arrantzale onak orain galdu bizia...

Etxean, ama bere umetxo kutunekin
Aita maitearen zai, yateko ogi zuria;
¡Aita betiko datza urpean arraiakin!

Gabon eguna

Gabon eguna,
Egun zoruna...
Goiko mendian otz, elurra...
Etxean bero,
Apari ona,
Biotzean alaitasuna...
Danak ospatu desagun
Pakean, gaurko gabona.

* * *

Biotz guztitik
Gurtu desagun
Belen'go aur jaioberria...
Gugatik otzez
Dar-darka dago,
Zeru-lurreko izar-argia...
Muxuka bero desagun
Jauna'ren seme maitia!

Maitte zaitut

Loretxo zoragarria,
Maite zaitut biotzetik...
Urrun bizi zeralako
Ni beti ezin etsirik...

Txoriñoaren egalak
Nerekin nai nituke nik...
Zugana arin yoateko
Besarkatzera poz-pozik,
Maite!

Lotxo bat egiten

Udaberria da... Txoriñoak non-nai
Poz-pozik abesten...
Zuaitz danak ostoz, yantziak orlegiz,
Loreak yaiotzen.

Udaberria da... Amatxo maitea,
Atsegiñez dago.
Aurtxo txit polita, gaur yaio berria,
Seaskatxoan lo...

Aur txiki gaxoa, orain esnatu da...
Begiak zabalik...
Irri-barrez dago, amari begira...
Ez du lo gogorik.

Amak abesten du:
"Egin zazu lo-lo,
Ai, nere kutuna;
Lo eiteagatik
Nik emango dizut
Zuk gura dezuna.
Tunkurrunkutunku...
Tunkurrunkutuna...
Loooo... loooo...".

* * *

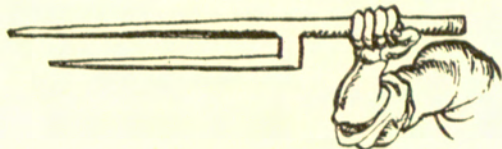
Negu beltz, txarra da... Txoriñoak otzez,
Ez dute abesten.
Zuaitzak an, emen, osto eder gabe,
Loreak igartzen.

Negu beltz txarra da... Amatxo maitea
Samindua dago.
Aur txiki gaxoak, iñolaz seaskan
Ezin du egin lo...

Amak abesten du:
"Egon bada ixillik
Ai, nere kutuna,
Zu sendatzearren
Nik emango nuke
Nere ontasuna.
Tunkurrunkutunku...
Tunkurrunkutuna...
Looo... looo...".

.....

Aur txiki gaxoa, orain geldi-geldi...
Begiak itxirik...
Lotxo bat egiten... ixil, ixil-ixil...
Seaskan dago illik.



El corderito blanco

(CUENTO)

Unos días antes de la Pascua, les regalaron un corderito blanco, envuelto en rizos. Los niños de la casa le hicieron un recibimiento triunfal, mucho mayor que si les hubieran traído otro hermano porque hermanos ya tenían bastantes, pero corderos no tenían ninguno. Su papá también estaba contento:

—Es muy mono, muy mono, —les decía a sus hijos, mientras jugaban con el corderito, en la cocina.

La mamá no se disgustó demasiado:

—¡Vaya! ya tenemos otro hijo —dijo sonriente a su marido.

La muchacha fué quien no quedó tan contenta:

—¡Como son pocos! —murmuró. Y, con la pala, recogió del suelo unas bolitas negras que se había dejado caer el cordero.

Pero luego, cuando hubo que prepararle un biberón, porque el corderito balaba muy tristemente y supusieron que tuviera hambre, hasta la muchacha se afaná en los preparativos. Todos hicieron algo; uno fué a buscar la goma que mamá tenía guardada en un cajón, otro sacó de los estantes de las botellas viejas, un botellín graduado; y era la misma muchacha quien dirigía los preparativos.

Por fin todo estuvo dispuesto para darle el biberón. La nena, que fué la primera en el turno, era partidaria de dárselo sentada, teniendo al corderito en la falda, pero sus hermanos se opusieron:

—No sean tonta, que no es un niño; además, los corderos maman derechos.

En vista del razonamiento la nena se avino a dárselo de pie, aunque de mala gana.

Desde aquel día ya no hubo paz en la casa; si bañaban a los niños, había que bañar al cordero; si los peinaban, había que pei-

nanlo; por ser igual a ellos en todo, hasta tenía que tomar aceite de hígado de bacalao.

Cuando salían de paseo, lo sacaban con ellos, con un gran lazo al cuello que unas veces era azul y otros rosa, según el color del vestido que llevara la nena. El corderito los seguía alegre y satisfecho, no ya como un cordero, ni siquiera como un perrito, sino como un niño más. Era muy lindo. Tenía la cabeza menuda y erguida, los ojillos apacibles, y la lana, ensortijada con caracoles de espuma. Las patitas finas y esbeltas, blancas como él, eran negras en sus extremidades, con una sensación de que llevaba botines.

Todos los niños del Parque querían jugar con él, pero sus dueños no lo dejaban con cualquiera:

—No, contigo no quiero que juegue, pues ayer no le dejaste el chupete de tu nena.

Durante todo el día los niños no tenían otro tema de conversación ni otro juguete que el corderito blanco. Parecía imposible que hasta entonces hubieran vivido sin él. Les llegaba la hora de acostarse y el cordero llenaba sus últimos deseos, metiéndose con ellos en su cama.

—No, eso sí que no; no os lo consiento, —les decía su mamá muy enfadada.

Los niños suplicaban:

—Pero si está muy limpio; lo hemos bañado hoy.

—He dicho que no, y no; de ninguna manera —replicaba rotunda la madre.

Todos los hermanos rompían a llorar con desconsuelo. Y su padre tenía que intervenir conciliador, para consolarlos:

—Mujer, déjalos; si después de todo más sucios están ellos.

Y los chicos, que no necesitaban licencia más explícita, metían el corderito en su cama, y lo cubrían hasta la barbilla con el embozo.

Sin embargo, aquella felicidad infantil se nubló un día, en que a la cocinera se le ocurrió decir, al verlos tan entusiasmados jugando con su cordero:

—Lo malo será el día que lo tengamos que matar.

Los ojos de los tres hermanos se encendieron de pronto, en un fulgor extraordinario, como si les estuviera ardiendo el corazón. En cambio, las manos se les quedaron fijas, sin movimiento, igual que si fueran de yeso. Un pensamiento terrible se les clavó en sus cabecitas. Nunca se les había ocurrido, pero la muchacha les había abierto los ojos.

Enternecidos y confusos, se pusieron a acariciar al cordero. Ya

no jugaban con él, lo mimaban nada más, y lo hacían con tristeza, presintiendo un trágico fin.

Pasó el tiempo, y el cordero se hizo tan grande que no podía continuar en casa. Era necesario sacarlo. La mamá, adivinando la escena, venía demorando la orden, hasta que llegó un momento en que no pudo aplazarla más, y, aprovechando la ocasión de que los chicos no estaban en casa, le dijo a la muchacha:

—Mira Teresa, vas a llevar el cordero al mercado, sin que lo vean los niños, y lo cambias por una buena pareja de pollos; pero los traes muertos y desplumados, no sea que volvamos a tener nuevos líos.

Y se llevaron de casa el corderito para no verlo más. Los chicos, que en seguida se dieron cuenta de la marcha, rompieron a llorar en un desconsuelo espantoso.

—No seáis tontos, —trató de tranquilizarlos su mamá—, que ya lo vais a ver todos los jueves.

—No; que ya no lo veremos más, que lo han llevado al matadero —decían entre sollozos,

—¡Quien os ha dicho eso! Si lo han llevado a la huerta de don José, para que corra por los prados y coma hierba fresca; si sois buenos, todos los jueves iréis a verlo.

Pero no la creyeron.

Cuando estaban solos, decía el hermano mayor:

—Lo han llevado al matadero; y le habrán metido, al pobre, un cuchillo grande en el cuello, y luego le recogerán la sangre en un puchero; ya veréis cómo el primer día nos lo encontraremos asado, en la mesa.

Y los hermanitos menores se deshacían en un lloriqueo desgarrador.

El domingo de aquella semana, a la hora de comer, la familia se sentó a la mesa, como de ordinario. Precisamente les gustaba mucho la paella con trozos de chorizo y menudillos de carne. Después les sirvieron un plato de cocido que también lo encontraron muy apetitoso. Y la comida se deslizaba felizmente bajo la presidencia nominal, honoraria, del padre, y la vigilancia de la madre.

Pero de pronto, barrió el comedor un sobresalto de locura. La doncella había dejado sobre la mesa una fuente de asado brillante y oloroso, y los chicos se levantaron de sus sillas, tiraron las servilletas, y rompieron a llorar con la mayor amargura. El padre, asustado, se levantó también.

—¿Qué tenéis?, ¿qué os pasa?

—El cordero, el corderito blanco —gimió la nena entre sollozos.

—Pero si son dos pollos —exclamó, enfadada, la madre.

Y en efecto, dos pollos dorados, con las patas encogidas y el vientre en alto, yacían en la fuente, rodeados de un cerquillo de patatas fritas y hojas de ensalada frescas y jugosas.

Los chicos no se dejaban convencer y seguían llorando, apartados de la mesa, cada uno en un rincón, mirando de cuando en cuando por el rabillo del ojo, a la fuente del asado.

La mamá desde su sitio, se deshacía en razonamientos, más enfadada cada vez.

—Mirarlos, mirarlos, son pollos, pollos —decía—. Aquí tienen las alas, aquí las patas, el cuello, —y los levantaba con el cuchillo y el tenedor.

Pero los chicos no lo creían, no lo podían creer. Para ellos era el cordero, el corderito blanco que solía dormir con ellos, que se bañaba en su bañera, comía en su plato y les acompañaba en sus paseos con una lazada al cuello a juego con el vestidito que llevara la nena; el corderito de lana ensortijada que no volverían a ver.

Emocionado también el padre y receloso de las habilidades de la cocinera, ordenó seco y terminante:

—Bueno, basta; que retiren los pollos a la cocina y que nos pongan unos huevos fritos.

—¡Por Dios, Enrique!, —gritó la madre.

—Nada, nada; unos huevos fritos, y sin patatas.



I

Otzez dardaraz dago gaixoa

Amets bat eta egi bat

Gabon gaba, gau zoragarria!

Leiotik begira nago; illuna kanpuan, izarrak kiñu dagiote alkarri; mendi tontorrean argi izpiak, illargia bere gordelekutik irten naiean bait-dago.

Ixiltasuna; errekatxo baten marmarioa bakarrik entzuten da; noiz edo noiz basapixtiaren oyua edo ontzaren karraxia.

Izotza ari da, bañan ez det nere gorputzean otzik nabaritzen.

Or emen, mendiaren oñetan, ibar zuloetan, ostorik gabeko zurgaitz tartetan argitxo batzuek: basetxeak dira.

Toki guztietara begira nago, erdi ametsetan, bañan ezer asko ez dute ikusten nere begiak. Nere gogamena urrutira dijoakit, mendiak baño aruntzago, izarrak baño ere gorago.

Gabon gaba da gaur, gau zoragarria! Bañan goibeltsu daukat biotza. Zer du bada? Ezan albaneza!!

Belenetzaz gogoratzen naiz, Gaurko gabaz aurtxo egiñik azaldu zitzaigun Jainkoa: Abere ganbela bat seaskatzat, astoa ta idia beretzalle; otzak dardaraz gaixoa!

Onela izan zan Jesus'en sarrera munduan. Bañan alboan dauzka Jose eta Maria. Zer nai du geiago?

Geigo nai duke Jesus'ek. Giza gozea dakar zerutik, animen egarria. Nork ase egarri eta gose ori?

Eta gaur? Berriz ere gaurko gau onetan jaio naiean dago Jesus.

Orain bi milla urte bezela, ostatu billa dabill gizagajoa, eta bere-tarrak ez dute artu nai. Kristauen biotzak itxi egiten zaizkio.

—Nora zoaz Jesus?

—Eztalpetxora, berriz ere, iñork ez nau artu nai ta; besterik ez bada lasto pixka baten gañean etzango naiz.

Ibar zulo eta baso tartean arkitzen diran basetxe aietara dijoa-kizkit begiak. Ez ote dute artu nai? Egia ote dio Jesus'ek?

Goibeltsu daukat biotza. Zer du bada? Iñork ere ez dio arrera-rik egin nai Jesus'i.

—Bañan zergatik ez det neregana ekartzen?

—Zatoz neregana Jesus, zatoz izotza ari da, eta kanpuan gaba igarotzeko giro txarra dago. Ona emen nere biotza, epel xamarra, bañan alkar berotuko degu. Zatoz neregana Jesus!

Onela zioten nere adimen eta gogamenak. Alako batean erlejuar-en doñuak adierazi zidan goizeko ordubiak zirala.

Ordubete bazan leiotik begira nengoela. Izarrak kiñuka jarrai-tzen zuten; illargia mendiaren esiak ausita ortzia zear; ibarrean errekarren marmarioa... Illuna eta ixiltasuna!

Garaia zan eta oeratu egin bear.

Lo artzea zall izan zitzaidan. Ezin lotu nuan irudimena. Adime-nak pentsatzen jarraitu nai zuan: Urrutira zijoazkizkiten biak. Al-de batera jira, beste ipiñi, zenbat eta geiago tokia aldatu, ainbat zallago zitzaidan loa. Orduak aurrera zijoazten eta ezin lo artu!

Bañan noizbaitean itxi ziran nere begiak. Lo zorro astun eta za-kan batek geldiarazi nindun oiean. Bañan nere pentsamentuak etzi-ran ixildu; pentsatu eta pentsatu... eten gabe; onela igaro nituan gau artako orduak.

Bitarte ortan amets auxe egin nuan:

Umetxoa nintzan; lau bost bat urte. Gabonak ziran. Subazarrean ikusten nuan aitona, pipea ezpañean, tanboliñari eragiten. Enbor zatarren su indartsuak gorritzatzen zion arpegia: Olentzaro zirur-dian.

Zirt-zart zegiten gaztañak tanboliñean, bixiguak berriz dris-driss labearen gañean. Jan usai goxoz lurrinkatuta zegon sukaldea.

Amonak ardatzean ziarduan, zapi txuri bat mototxean, errezil sagar ximur baten antzeko arpegiakin irri-parrez, beti egon oi-zan bezela. Eskuak ariñ-ariñ zebilzkian, jai aundia bait-zan urrengo eguna eta berak egindako artillezko galtzerdiakin jantziko zituzten bere illobak abarka berriak.

Ama ere, oso langille zebillen. Labe inguruan zeukan lana. El-tzeari begiratu, arroz-esnari eragiñ, bakallua xaltxan ipiñi...

Aita mai-ondoan eserita zegon. Abere lanak bukatu zituan eta

zeregin aundirik etzeukan, iturritik ura ekarri edo egurren batzuk sutarako pitzatu izan ezik.

Gu berriz, txikitxoak danok, an gebiltzan burruka ta korri, an etzan, emen erori, parrez eta oyuka, saltoka eta abeslari. Umeak ez du asko bear izaten ez negar egiteko eta ez alai egoteko ere! Aurtzaroaren edertasuna nork bear ainbat adierazi! Lo zakarra egin badet ere bart, ume biurtua nere burua ikusteak ordaindu du oker ori.

Denbora asko baño len, aitonaren deadarrak utziarazi zizkigun gure jolasketak:

—Ia geldi egoten zeraten, bigurri alako oiek, etxea hota bear diazute...

—Utziote jolasketan —zion amonak— gabon gaba da gaur ta...

Aitonaren arpegi illuna laster argitu zan bere illobatxoen begiak jolaserako baimena eskatuaz ikustean.

Zatozte onera maiteok, zigun orduan aitonak. Gaztañak erre dizkiat eta kontu zar bat ezan bear dizutet.

Ez genduan bi äldiz eñan bearrik izan. Berealaxe bildu giñan aitonaren oñetara. Eskutxoak berotu nairik sutara luzatuaz, agua zabalik arretaz geunden aitonaren aotik irtengo ziran itzak ez galtezko.

—Gau batean —asi zan aitona— Belen inguruko artzaiak lo zeudela ikaragarritzko argitasun bat agertu zan beren inguruan. Laster esnatu ziran artzaiak eta bildurrez beterik zer egin etzekitela gelditu ziran.

—Berri on bat —eñan zien orduan aingeru batek—, berri on bat dakarkizuet. Salbatzallea jaio zaizute gaur Dabid'en errian, Kristo gure Jauna.

Artzai aien poza. Utzi zituzten lastozko oi gogorrek eta bataki ardi bat, antxumea besteak, gazta edo esnea, artzai andreak berriz jaioberriarentzako oial txuri garbiak; danak zerbait artu zuten Jesus aurtxoari eskeintzeko. Mendian bera zetoztela aingerutalde bat ikusi zuten estalpetxo baten atarian kantu au abesten:

Gloria zeruan da, pakea lurrean,
borondate oneko gizonen artean.

Ixill-ixillik geunden guztiok aitonaren aldamenen. Kontu zar asko entzun izan genion bañan ez orain esaten ari zitzaigun bezin goxo eta ederrik. Aitona bera ere iñoiz baño atsegintsuago zegon kontu au kontatzen, ez baizan kontua, gertatua baizik, eta ze gertatua! Jesus gure Eroslearena.

Sartu ziran —jarraitu zuen aitonak—, estalpera eta an zer ikusi zuten? galdetu zigun.

—Jesus aurtxo, Jesus aurtxo, genion danok.

—¿Eta nortzuk geiago?

—Maria eta Joxe.

—Beste geiago ere bazeudean an barruan. Zeintzuk ituan?

Mutututa gelditu giñan guztiok. Zeintzuk izan ote zeizkean?

—A! Buru gogorrak. Astoa eta idia, mutillak, astoa eta idia. Ez al dezute beñere entzun abesti au:

“Astoa ta idia dauzka aldamenian
Arnasaz berotzeko oztutzen danian”.

—Entzun degu, bañan ez dakigu abesten. Erakutsi iguzu aitona... Ango iskanbilla! Aitona zan zuzendari. Aita eta ama ere abesteko gogoakin zeuden. Amonak ere utzi zion ardatzari.

Batzuek gorago, azkarrago bezteak; ango oiua ta deadarrak... Aitona lerdea zeriola zegoen pozez. Umeak herriz, abesten asi bezin laster, ezin geldi egonik an sakabanatu giñan aitonaren endotik, korri aruntz, etorri onuntz, sukalde guztia aidean jarriaz.

Ontan genbiltzala, zakurraren zaunkak entzun ziran atarian. Geroxeago, gertu xamarrean, irrintzi luze bat.

Kantariak ziran, kantariak. Umeen poxa.

Zalapartaka, an joan giñan atari aldera. Bañan gu iristeako abesten asi ziran:

“Aingeruak esan du or mendi gainean,
Jesus jayo zaigula Belengo estalpean.

Gabeko amabiak jo duten orduan,
gure Salbatzallea jaio da munduan”.

* * *

Une onetan ezkillaren doñuak esnatu ninduan. Esnatze zakarra, buruak zarta-zarta egiten zidan; gorputz guztian astuntasuna. Nere amets goxoa gogoratzen zitzaidan. Ezin sinistu nuan egiazkoa etzanik. Lentxeago umetxoa nintzan, orain berriz... Agur nere amets goxoa!!

Ezkillak mezatara deitzen zidan. Gogatsu ez bazan ere jaiki nintzan. Arten illun zegoen; egun sentia zerbait nabaritzen zan bañan

oraindik izarrak agiri ziran goian, Illargia aurretora joana zegoen eta ibar aldean errekatxoa marmarioka zijoan.

* * *

Elizara bidean, taberna aurretik igaro bear nuan. Ateak itxita zeuden, bañan barru aldean oyu ta iskanbill aundiak entzuten ziran. An zegoen erriko gaztedi geiena, gaztedi alaia, gaztedi bikaña, bañan sinismen gauzetan otz xamarra baño ere ez jakiña.

Eldu nintzan elizara: Otza eta illuna. Aldare nagusi ondoan argitxo bat, alboraxego jaiotza txikia, Belengo estalpearen antzekoa, goroldio, paper, ogiriñ eta zerrautsez apaindua; erdi-erdian Jesus aurtxoaren irudia lastozko seaskatxo batean.

Ara joan nintzan. Belaunak lurrari ezarri, arpegia esku artean gorde eta antxe egon nintzan otoitz egiten. Ardangelatik ateratzen ziran otsak, ez ziaten pakean uzten; gogoak ematen zidan, irten eleizatik eta deadar batean adieraztea gaztediari: zatozte eleizara, Jaungoikoa gizon egiñik azaldu zaigu ta arrera bikaiñ bat egitera. Otzak dardaraz dago gaixoa, zatozte berotzera.

Bañan ez nintzan ausartu. Otoitz egiten jarraitu nuan bakardadean. Irriparrez neukan Jesus aurtxoa, zerbait esan naiean bezela...

Igo zan apaiza aldarera, eta asi zan meza santua. Tabernan zeudenak ere, etorri ziran Eleizara. Mez-erdi inguruan umetxo batzuek koru goitik abesti estitsuenak abesten asi ziran.

Abesti bat bakarrik artu nuan gogoan, benetan goxoa eta ezitua. Onela zioten umetxo aiek:

“Belen'en sortu zaigu Jainkoa
arratseko gaberdian
otzez dardaraz dago gaixoa
lasto pixkaren gañean.
Bero aalez bero dezagun
apa emanaz musuan”.

Otzez dardaraz dago gaxoa! Ondo gogoan artu nituan itz auek. Begiratu nion aurrekaldean neukan Jesus aurtxoaren irudiari, eta parrez-parrez jarraitzen zuan. Burura ekarri nuan gau artan izandako ametsa eta berriz ere pentsatzen ekin nion: Urte auetan zenbat galdu dan sinismena Euskalerrian. Eta baserrietan? Baserrietan ere bai. Garai bateko Gabonak eta gaurko Gabonak ze alde aundia!

Bañan sinismena ez da itzali oraindik Euskalerrian. Sinismena

badago oraindik gure baserrietan. Oztu egin da pixka bat, askotxo bear bada...

Sutako auts tartean gordeta gelditzen diran txinparten antzera, ezkutatuaz dijoa lenagoko sinismenaren bizitasuna. Enborrak aundiak ziran, eta orri ezkerak txinpart oiek iraupen aundia daukate. Sinismenaren sustraiak zakonak dira, erabat ez da errez galduko. Bañan igartzen dijoa alako landare bikaña!!

Gañeko autsak kendu bear zaizkie txinpart oieri eta egur meak, txotxak lenengo, ezarri. Eta orduan bai berriz ere, su bizkorra.

Bitartean naiz eliz aundietan, naiz txikietan, Gabonetan edo beste edozein egunetan otzez dardaraz arkituko degu Jesus: OTZEEZ DARDARAZ GAXOA!!

EPELDE'TAR PRANTZISKO

II

Igeldo'ko piztia

Ez dira urte asko izango gertatu zanetik, nik orain esango dizuten gertaera. Arratsalde batean Igeldo'ko erritik jetxi ziran itxas ondoa bi gizon. Batak bizkarrean kanabel birekin, lodia bat, mea bestea, luzeak biyak. Beste gizona berriz, saski bi bere eskuetan zintzilika zubela. Itxas ondoko arkaitzetan gaba igarotzeko asmoakin jun ziran. Arrantzale bikain eta itxas arrisketan kementsuak biyak.

Jetxi ziraden bata besteai lagunduz ur ondoño eta zuloz bete arkaitz aundi baten gañean utzi zituzten arrantzako tresnak. Aguro asi ziraden inguruak isiltzen baita ere eguzkia itxas azpian sartu ezkeru, illuntzen. Orduntxe Igeldo'ko eleiz txanparra gelditasun aundiarekin orduak jotzen asi zan. Bat bestien ondoren norbait urrutitik etorri ziteken oñarteak bezela. Egiaz, illunabarra zan goi argiak pizten. Izarrak zebiltzen jolasetan itxas gañean, kolorez biurtzen zutela ur zelai aundia, azkengabeko itxasoa. Baita ere illargi ederra, antxe zegon goi-goien argituzten baztar guziak. Eta goi aietatik illargien argi bizia itxas ondoko arkaitzetaño etortzen zan. Antxe zeosten gure arrantzaliak erne bere lan gañean.

Bañan, laño aundi ta beltzak, asarre arpegikoak, korrika zetosten eta aguro, illunpe oso batian Igeldo'ko inguruak utzi zituzten. Agur jolasak eta aratz argiak. Illuntasuna danaren jabe gelditu zan. Ala ere gure arrantzaliak bere lanian jarraitzezuten. Olatuak bere juan-etorriarekin, ixiltasuna puskatu ta beren kanta zarrak abesten zutela, soñus betetzen zuten arkaitz tarteko zuloak, Aizea ere abiatu zan zoko artara. Laño, itzal, olatu, aize, zoko artan zeukatzen bazarra. Berak ziraden gau launak.

¿Zertarako batzartuko ziran...? Noski, jakintzutelako arrantzali-
lien ageria bere aldamenian. Erabaki zuten, beren indar guziarekin
zalaparta aundia egitea, andikan jun dizezen arrantzale aiek. Esan
eta egin. Berelaxe, olatu eta aizeak, aundituak, arrokeriak ematen
duan indarrarekin, abiatu ziran arrantzaliak eserita zeozten arkaitz
edo arrokaño. Jo batetik, jo bestetik, alde guziz bultza, elbarrituta
uzteko nai guzian. Bein da berriz ere, biurtuak bezelaxe ekaitz
aundia sortu zuten. Ala ere, ez zuben uzten toki ura gure arran-
tzale bikaiñ eta kementsuak.

Gero, berriz ere, apaltasun aundia jarraitu zan, alper ekin ura,
olatu ta aizeai aulduta utzi ziyotengan.

Bañan orduntxe, oi ez bezelako argi bat Orio aldetik agertu zan.
Arrantzaleak beren lana utzita, zalantzan jarri ziran. Zer izango
ote zan? Mirabe aundi bat izango al zan? Arrituta, etzekitela zer
egin gelditu ziran. Argia berriz, aunditzen zijoan. Noski, zer edo
zer aizez zetorren leku artara. Ura nabaituta, bildur aundian zeozten
gure arrantzliak; bañan, nola igesi. Ain illunpetan zeozten, ezin
dezaketela arroka utzi. Antxe egon biar nai ta nai ez. Etzekiten
oraindik zer ikusi bearko zuten bere begiak, ez ere zer entzungo
zuten gau artan.

Egiaz, antxe zetorren egazti aundi bat, sutan dana. Zer ez zan
izango gure arrantzalienek ustegabea ura ikusirik. Bere egak osorik
sabalduta, geldi zijoan. Gizon bat añeko egaztia zan, ega aundi eta
zabalarekin, argi lumeakin, zu malkoak erortzen zitzaizkela itxa-
soaño eta arrantzale aurretik pasa zan orduan, esan zun: "Gaba,
gabazkuentzat. Eguna, egunezkuentzat..".

Egun artatik, gure arrantzaliak etzian jun beñere geio toki ar-
tara. Itxas sorgiña izango al zan?

H. GURMENDI



LA OBRA POETICA DE GABRIEL CELAYA

Es muy difícil estar siempre y del todo con Gabriel Celaya; su atormentada inquietud hace que se nos escape, a veces de las manos, lo mismo que si fuera un pájaro dejándonos, con el vacío de su huida el dolor de que no lo volvamos a encontrar. Sin embargo, la propia inquietud que hiere su sensibilidad nos hace concebir la esperanza, que hasta ahora no ha salido fallida, de volver a hallarlo de nuevo, descansando en unas ramas a las que podamos acercarnos sin temor de que nos pinchen las espinas.

Ya va para dos años que José Miguel de Azaola registró su nombre en el BOLETÍN señalándolo como «un lírico de raro ímpetu, creador agraciado con excepcionales dotes como artífice del lenguaje». Desde entonces han sucedido muchas cosas; a caballo con su ímpetu, Gabriel Celaya ha publicado bastante aquí y allí; recordemos un libro de versos, «Las cosas como son» en el que el dominio del verbo puesto al servicio de una idea —nom sancta, por cierto—, y plegándose perfectamente a la misma, le hace alcanzar un tono impresionante; y no olvidemos, tampoco, su novela «Lázaro calla», de la que nada quiero decir ahora porque ya le dije, al oído, a su autor, lo que como amigo debía. Pero frente a estas publicaciones, EGÁN tuvo a mucho honor recoger aquellos «Juguetes» impecables y primorosos:

—Buenos días, Profesor:
(Al quitarnos los sombreros
se escapan con un clamor
de desorden mil jilgueros.)

Ahora, la colección «El Arca» de Las Palmas de Gran Canaria, nos brinda el regalo de un tomito de poesías, bellamente

editado, de nuestro amigo y colaborador, «Se parece al amor». ¿Se parece, nada más, Celaya? No, no, es amor de verdad y no diré amor puro porque en alguno de los poemas acaso no lo sea del todo. Pero dejando a un lado estas sus escapadas de pájaro, anotemos el valor lírico del libro:

«¡Oh, tenme en tu sonrisa,
en tu sombra, en lo leve
de tu mano impalpable.»

Es la propia brisa que para no dejar caer la hoja, al suelo, ha de volverla pájaro o mariposa, pero sin tocarla. No, no, ha de ser un deseo nada más, sin forma, sin líneas.

«corazón: esa ave
que, cogida, tiembla»

Se le siente palpar, en un aleteo caliente y tembloroso y su lírica, íntima, profunda, lo domina todo:

«La noche, bloque helado
de estrellas, toda real»

Domina la noche hecha bloque de estrellas. Esperemos que un día se domine a sí mismo; algo nos lo hace presentir, aquel poema, por ejemplo:

Si mi pequeño corazón supiera
algo de lo que soy,
si no fuera perdido, por los limbos cantando
otro ser, otra voz,
¡ay, sabría que me duele!,
¡ay, sabría lo que busco!,
sabría tu nombre, amor.
Sería todo mío, todo tuyo, y unidos,
diría yo lo que quieres,
dirías tú quien soy yo.

Ya he dicho antes que era un pájaro herido por su propia inquietud; esperemos con el mejor deseo de verlo cantar en las ramas que no tengan espinas.

M. C-G.

PUBLICACIONES
DE LA
REAL SOCIEDAD VASCONGADA
DE AMIGOS DEL PAIS

MONOGRAFIA DE D. XAVIER MARIA DE
MUNIBE, CONDE DE PEÑAFLOIDA
por Gregorio de Altube.

LA EPOPEYA DEL MAR,
por M. Ciriquíain-Gaiztarro.

PASADO Y FUTURO DE LA REAL SOCIE-
DAD VASCONGADA, por José María de
Areilza.

HISTORIA DEL MONASTERIO DE SAN TEL-
MO, por Gonzalo Manso de Zúñiga
y Churruca.

ELOGIO DE D. ALFONSO DEL VALLE DE
LERSUNDI, por Joaquín de Yrizar.

BREVES RECUERDOS HISTORICOS CON
OCASION DE UNA VISITA A MUNIBE,
por Ignacio de Urquijo.

REVISTAS

BOLETIN DE LA REAL SOCIEDAD VASCON-
GADA DE AMIGOS DEL PAIS.

Ejemplar suelto: 15 Ptas.

Suscripción anual: 40 »

EGAN: Ejemplar suelto: 4 Ptas.

Suscripción anual: 14 »

Suscripción anual conjunta a BOLETIN y
EGAN: 50 Ptas.

MUNIBE.—Suplemento de Ciencias Na-
turales.

Redacción y Administración: Museo de San Telmo
SAN SEBASTIAN



ESCELICER, S. L.
SAN SEBASTIAN